

XIII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B
DELICADEZA
Padre Pedro José Ynaraja Díaz

TEXTOS

Sabiduría (1,13-15;2,23-24):

Dios no hizo la muerte ni goza destruyendo los vivientes. Todo lo creó para que subsistiera; las criaturas del mundo son saludables: no hay en ellas veneno de muerte, ni el abismo impera en la tierra. Porque la justicia es inmortal. Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a imagen de su propio ser; pero la muerte entró en el mundo por la envidia del diablo; y los de su partido pasarán por ella.

II carta de san Pablo a los Corintios (8,7.9.13-15):

Ya que sobrealís en todo: en la fe, en la palabra, en el conocimiento, en el empeño y en el cariño que nos tenéis, distinguíos también ahora por vuestra generosidad. Porque ya sabéis lo generoso que fue nuestro Señor Jesucristo: siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza. Pues no se trata de aliviar a otros, pasando vosotros estrecheces; se trata de igualar. En el momento actual, vuestra abundancia remedia la falta que ellos tienen; y un día, la abundancia de ellos remediará vuestra falta; así habrá igualdad. Es lo que dice la Escritura: «Al que recogía mucho no le sobraba; y al que recogía poco no le faltaba.»

Evangelio de Marcos (5,21-43):

En aquel tiempo Jesús atravesó de nuevo a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor, y se quedó junto al lago.

Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y al verlo se echó a sus pies, rogándole con insistencia: «Mi niña está en las últimas; ven, pon las manos sobre ella, para que se cure y viva.»

Jesús se fue con él, acompañado de mucha gente que lo apretujaba. Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. Muchos médicos la habían sometido a toda clase de tratamientos y se había gastado en eso toda, su fortuna; pero en vez de mejorar, se había puesto peor. Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, pensando que con sólo tocarle el vestido, curaría. Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y notó que su cuerpo estaba curado.

Jesús, notando que, había salido fuerza de él, se volvió en seguida, en medio de la gente, preguntando: «¿Quién me ha tocado el manto?»

Los discípulos le contestaron: «Ves como te apretuja la gente y preguntas: "¿quién me ha tocado?"»

Él seguía mirando alrededor, para ver quién había sido. La mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que había pasado, se le echó a los pies y le confesó todo.

*Él le dijo: «Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud.»
Todavía estaba hablando, cuando llegaron de casa del jefe de la sinagoga para decirle: «Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al maestro?»
Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga: «No temas; basta que tengas fe.»
No permitió que lo acompañara nadie, más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Llegaron a casa del jefe de la sinagoga y encontró el alboroto de los que lloraban y se lamentaban a gritos.
Entró y les dijo: «¿Qué estrépito y qué lloros son éstos? La niña no está muerta, está dormida.»
Se reían de él. Pero él los echó fuera a todos, y con el padre y la madre de la niña y sus acompañantes entró donde estaba la niña, la cogió de la mano y le dijo: «Talitha qumi (que significa: contigo hablo, niña, levántate).»
La niña se puso en pie inmediatamente y echó a andar –tenía doce años–. Y se quedaron viendo visiones. Les insistió en que nadie se enterase; y les dijo que dieran de comer a la niña.*

COMENTARIO

No me voy a detener a comentar la primera lectura. Conste, exclusivamente, que aun hoy en día, el mayor número de seres vivientes , microscópicos eso sí, no conoce la muerte. Si los unicelulares no mueren, se multiplican perdiendo su identidad, no debe repugnarnos la posibilidad de que los seres humanos pudieran pasar a una existencia superior, sin sufrir el percance de la muerte, tal como la conocemos ahora. Pero el texto del libro de la Sabiduría no pretende hacer exámenes antropológicos y no me entretengo.

Me dedicaré ahora brevemente al fragmento de la según carta de San Pablo a los corintios.

Se refiere el apóstol a la generosidad, tema hoy en día de gran actualidad. Si no hay duda de que nuestra civilización occidental está en decadencia cultural y moral y por ende en el religioso, se mantiene y hasta crece el altruismo. Bueno es recordarlo. A la multiseccular limosna, de una u otra manera, en un u otro lugar, se le añaden hoy las organizaciones. En el terreno cristiano Caritas es la perla de la corona de la Iglesia y otras muchas más, Manos Unidas tal vez la más simpática. No hay que olvidar las instituciones exclusivamente entregadas a la ayuda al prójimo necesitado , Cottolengo, Hermanitas de los pobres y la de los desamparados, tantos hospicios y orfanatos, hospitales y albergues, son buena prueba de ello. Es conocido el hecho de que allí donde hay un misionero, a su labor apostólica acompaña un hospital, un centro escolar y una "procura" o como se le llame a un centro semi comercial, favorable a los nativos. Y en el ámbito civil tampoco faltan, Cruz Roja tal vez sea la que acapare más noticias, pero "Médicos sin fronteras" no le va a la zaga y otras semejantes que se apellidan de manera equivalente también son excelentes pruebas de generosidad.

Ahora bien, nadie debe olvidar su deber personal, libre de compromisos y estatutos. El criterio cristiano no debe situarse en el examen de si disponemos de dinero no indispensable y por tanto del que podemos disponer sin desequilibrar nuestra economía personal. Creo yo que debe responder a los gastos que uno dedica a finalidades no indispensables. Pondré un ejemplo. Revisando lo que uno gasta con motivo de las fiestas navideñas, o de la celebración de una efemérides,

llámesele aniversario, santo, diplomatura o estreno de domicilio, uno debe sentirse responsable o solidario con los que en cualquier lugar del globo no dispondrán de lo suficiente para vivir con la mínima dignidad que corresponde a cualquier persona. He gastado tanto en cualquiera de estos u otros acontecimientos, me toca, pues, entregar lo que crea ser justo, para que otros participen de mi gozo y Dios, al que debo todo, se alegre de que no acapare con egoísmo lo que me proporcionó y poseo. Cambio de tercio.

El texto del evangelio de este domingo es un claro testimonio del proceder del Señor con los necesitados.

En primer lugar, el que acude a Él en busca de ayuda es un personaje de cierta categoría. No porque la tenga Jesús se va a desentender o por el contrario otorgarle mayor preferencia. Si su hija está muriéndose y confía en el Maestro, no le va a decepcionar. Tampoco le dice que se la traiga o le indica una hora determinada de la organización de su jornada. El Señor no tiene horarios de despacho. El momento oportuno es este y a él debe responder.

Por el camino se encuentra con esta buena mujer que sufre una dolencia que la desacredita injustamente; pierde sangre, no hay que especificar más detalles, que le daría vergüenza tener que detallar. Evidentemente, también padecería anemia. Añádase que en aquel tiempo tal dolencia la condenaba a sufrir impureza legal, prohibición de acercarse a nadie, vivir, pues, como si fuera una apestada.

Ni a ella, ni al Maestro le importan tales prohibiciones. Impura como sabe es a los ojos de la sociedad, aspira a tocar la borla del talith, lo más destacado y preciado del manto de un judío, ¡anda ya, que no desea poco!

Podría el Señor ignorar el roce de aquella mano suplicante, y nadie por supuesto se lo reprocharía, pero la intuición, llámesele así a su divinidad, le inclina a obrar de otra manera. ¿Quién me ha tocado? Pero, si tantos pueden haberlo hecho, queriéndolo o sin querer, ¿a qué viene la pregunta?

La buena mujer lo es también por su sentido del deber y se denuncia a sí misma.

Algunos del lugar que la conocerían, probablemente, le achacarían su mal comportamiento ¿qué hacía allí contaminando a todos con su sola presencia?.

A Jesús poco le importa estas disposiciones, reconoce la confianza puesta en Él y la anima. La ha curado, pero ella todavía no lo habría comprobado No diagnostica su mal, prescinde de juicios facultativos, lo que necesita de momento es que la animen, de aquí que le dé también esperanza. Vete en paz y con salud.

Este último detalle lo debemos recordar siempre que visitemos a un enfermo, tal vez lo único que podamos darle son ánimos, no los ahorremos nunca.

Mientras esto hacía, no se ha olvidado de la chiquilla agonizante. Sabe mejor su situación que los mismos que la acompañan. Al padre, de momento, le da alientos y se dirige al domicilio. En llegando evita espectáculos ampulosos, entra acompañado de los íntimos indispensables. Lo que le dice a la mocita les sorprende de tal manera a los que le acompañan, que recuerdan con exactitud sus palabras *Talitha qumi* (¡jovencita, levántate!, en román paladino).

Si tenía 12 años, había ya entrado en la edad de contraer matrimonio, de acuerdo con la evolución corporal, propia de aquella sociedad que carecía de lo que hoy llamamos adolescencia. Indicar que le dieran alimento es un detalle de la delicada sensibilidad del Señor.

La elegancia espiritual la debe practicar todo el mundo.

Como en otras ocasiones, os recuerdo, queridos lectores, que los asistentes se asombraron y que es necesario que nosotros estemos atentos al obrar de Dios y asombrarnos cuando lo comprobemos, pues, seamos sinceros, generalmente vivimos con indiferencia la bondad de Dios y de aquí vienen tantos desánimos y depresiones evitables, sin tener que acudir a fármacos. Y tal proceder, además, es de desagradecidos.